

COMENTARIOS AL EVANGELIO DE SAN MATEO
CAPÍTULO SÉPTIMO: 13
Padre Arnaldo Bazán

"Cuando Jesús terminó este discurso, la gente se quedó admirada de su enseñanza, porque les enseñaba con autoridad, y no como los Maestros de la Ley"(Mateo 7,28-29).

Durante su juventud sabemos que Jesús llevó una vida oscura en el villorrio de Nazareth. Allí transcurriría su vida en forma más bien monótona, haciendo cada día casi las mismas cosas.

Al principio trabajaría probablemente con José, y luego, a la muerte de éste, seguiría solo con el oficio.

Pese a esto dedicaría largos ratos a la oración, e iría, por supuesto, cada sábado, a la sinagoga.

Sería el ejemplo de todos, sin nada extraordinario que llamara la atención. Y, por supuesto, salvo los obligados viajes anuales a Jerusalén, pocas veces dejaría el pueblo que le vio crecer.

Si hubiera estado en otros países, como algunos tratan de hacer creer, o pasado largo tiempo fuera de Nazaret, sus compoblanos habrían comprendido el por qué de su sabiduría.

Pero cuando los visita por primera vez después que comienza a predicar, todos se extrañan de la fama que ha ido adquiriendo en tan poco tiempo, y se admiran de su forma de hablar y de comportarse. ¿No es éste el hijo del carpintero?, dirán.

El que antes no llamaba la atención, como no fuese por su ejemplar comportamiento, hace ahora hablar a todos, pues se sienten impresionados por su varonil entereza, por su verbo encendido, por su forma de convencer y de enseñar.

Nadie sabe cómo ha podido El aprender tales cosas, ni como se atreve hasta a refutar las mismas enseñanzas de los escribas, fariseos y maestros de la Ley, tan versados en ella, por haber dedicado su vida al estudio de las Escrituras.

Lo que ellos sí saben es que El habla con una autoridad especial, que obliga a ponerle atención, pues ante El sienten la presencia del propio Dios.

Oírlo a El es diferente que cuando escuchan a los Maestros de la Ley, pues éstos hablan muy bonito de Dios, pero sin que pongan vida y corazón en lo que dicen.

El, por el contrario, parece hablarles en una forma sobrehumana, como si por su boca estuviera hablando Dios en persona.

Lo menos que podían pensar es que nunca habían oído a nadie hablar así, y que si éste no era el Mesías tenía que ser alguien que estuviese muy, pero muy cerca de la Divinidad.

Arnaldo Bazán